

Revista chilena de historia social popular

REVUELTAS

SANTIAGO, CHILE | NÚCLEO DE HISTORIA SOCIAL POPULAR
AÑO 04 | NÚMERO 08 | DICIEMBRE 2023 | ISSN 2452-5707

ENTREVISTAS

A 50 años del golpe civil-militar: Voces de historiadoras/es. Entrevista a Sol Serrano Pérez

08 de mayo de 2023
Santiago Centro, Santiago de Chile

Entrevista realizada por:
Pamela Fernández y Marco Lagos

Me llamo Sol Serrano y soy historiadora, profesora titular de la Universidad Católica de Chile. Lo que más me ha convocado como historiadora es la historia de la construcción de la política moderna, que, en nuestro caso americano, está estrechamente ligada a los Estados nacionales y a las repúblicas representativas. Desde ahí, he estudiado la construcción social del Estado a través de un tema que me parece tan relevante en la modernidad política como es la educación. No me considero tanto historiadora de la educación como historiadora de la expansión de la cultura escrita y del vínculo entre cultura escrita y comunidad política, que representa una forma más sobre el vínculo político y el soporte comunicativo. Por eso, me he interesado mucho en la educación. También he sido historiadora de la secularización, precisamente en la idea de la construcción de la política moderna, que va mucho más allá de la relación entre Iglesia y Estado. Es la relación, para mí, entre discurso ideológico y prácticas sociales, y cómo combinar ambos planos en la construcción de la política moderna. Diría que por ahí van mis intereses.

¿Qué significan los 50 años en este contexto social?

Lo primero es que creo que hay que diferenciar historia y memoria. La historia es una forma de conocimiento que busca comprender a través de una racionalidad de la evidencia encontrada y su análisis; es por definición un conocimiento crítico. Y la memoria es un recuerdo. Las dos son formas de traer el pasado al presente, pero a través de mecanismos distintos. Creo que hemos confundido los términos, porque hay dos sentidos de memoria, al menos, que son mucho más amplios que el historiográfico. Uno tiene que ver con la memoria, en su sentido estricto, cómo traemos el pasado al presente a través de, valga la redundancia, la memoria, que es un ejercicio neurológico del ser humano, social y cultural. Otro sentido surge en la posguerra europea y parte con el Holocausto: la idea de la memoria histórica respecto a períodos traumáticos desde la cual se hace una reflexión moral. El objetivo de la memoria, en este sentido, es el Nunca Más. Es a través del recuerdo de aquello, de muchas formas distintas – entre las cuales está la historia - de la memoria de las víctimas.

A esta relación se ha añadido otra de gran interés que es la historia de la memoria porque la memoria a los caídos ha sido propia de muchas sociedades

y tenemos tantas experiencias del tiempo reciente al respecto, pero también la historia antigua, las invasiones germanas o la invasión de los mogoles en India. Eso es otro campo, historia de la memoria.

Entonces entre todos estos campos es bien importante diferenciarlos, ya que se entremezclan y alimentan. Pero es muy importante, particularmente para el momento actual, que hagamos esas distinciones. Distinguir cuándo estamos construyendo un análisis crítico, de cuándo estamos recordando para no olvidar -haciendo un ejercicio de memoria- y de cuando estamos haciendo una historia de la memoria. El caso intermedio que acabo de señalar son las conmemoraciones. Es curioso porque hay muchas líneas, siendo abundante en el mundo historiográfico, que consideran que las memorias se construyen en base a las conmemoraciones, sobre todo en los estados nacionales, que son de los vencederos para los vencedores. Al mismo tiempo puedo pensar que cada época histórica, cada sociedad histórica, reconstruye el pasado de forma diferente, entonces el tema es: no que se construya la estatua de Baquedano, porque todas las épocas lo hacen de distintas formas, sino cómo cada período, grupos sociales, lo recuerdan. Entonces lo que hacemos hoy, es equivalente a aquello que hicieron "sitios de memoria" de los triunfos militares. Hoy los hacemos por los caídos. Especialmente después de los caídos en la segunda guerra. El ejercicio de rememorar y conmemorar en el espacio a tiempos pretéritos se ha hecho desde el mito, primero, luego otras formas, en casi todas las sociedades.

Sobre este 11 de septiembre, es un momento particularmente crítico desde mi perspectiva. En el sentido de desarrollar una crítica histórica que nos ayude a comprender por qué aquello nos pasó y cómo aquello pudo suceder. Eso es lo que creo que más nos corresponde a los historiadores. El Estado como tal va a recordar de otra forma, puede recordar más propiamente a las víctimas, todos vamos a recordar las víctimas, pero esto no es una distinción de jerarquía, es una distinción sin más. Tenemos muchas formas de recordar. Me parece que son válidas todas, en la medida en que distingamos qué ejercicio estamos haciendo. El recuerdo de las víctimas, por ejemplo, puede o no puede ser una reivindicación de la ideología de las víctimas. Eso podría pasar en cualquier situación. La pregunta de porqué esto sucedió - la investigación histórica - en este caso es una pregunta por la relación entre la democracia y violencia. Creo que esa es nuestra gran reflexión hoy día. Hoy día implica una reflexión sobre qué es la política y cómo puede la política construir transformaciones sociales en democracia. Porque no podemos no hacernos cargo de los costos una vez sucedidos los hechos; no podemos hacer el período de la Unidad Popular, sin hacernos cargo que hubo un golpe después, y sin hacernos cargo de que de que fue el inicio de la dictadura. Esa concatenación, insisto, entre cambio social, política, democracia y

violencia, creo que es la reflexión más pertinente, más necesaria de pensar el 11, 50 años después.

¿Qué responsabilidad les cabe a las y los historiadores en la conmemoración de los 50 años?

Los historiadores, al escribir historia, somos parte de la historia, por eso existe un campo que se llama historia de la historiografía. En ese sentido, de formas distintas, en distintas sociedades, vuelvo al tema de cómo se guarda el pasado: en objetos, en la escritura muchas veces, en el relato oral, incluyendo en esto a la memoria. Los historiadores en el sentido moderno, somos parte de una disciplina que tiene márgenes muy amplios, es una disciplina esencialmente ecléctica en relación a otras ciencias sociales, que usa la multiplicidad de instrumentos de acuerdo a las necesidades de su objeto de estudio y su forma de explicarlo. Pero la historiografía no puede prescindir, sin dejar de serlo, del análisis crítico de la evidencia. Los historiadores tenemos que basarnos en evidencia, en nuestra comprensión de ella para construir una interpretación. Esa es la función social de la historia que siempre ha tenido. El rol social de acuerdo a la construcción de los saberes en distintos momentos de la historia. No creo que la responsabilidad de los historiadores tenga que ver ni con el período ni con el tema específico. Se puede ser socialmente relevante si se estudia la Grecia antigua o el golpe de 1973. Parto por eso porque lo considero esencial. No se es más comprometido porque se estudia algún tema, sino que depende de cómo se estudia y cómo construyes a partir de la evidencia existente los tipos de respuestas. No quiero definirla como una responsabilidad específica porque sería como decir, reitero, son socialmente más responsables los historiadores que estudian el período reciente y el ámbito relacionado a los Derechos Humanos, por muy fundamental que sea, pero quiero partir de lo epistemológico y su consecuencia social. Yo diría que, en este tema, del cual no soy una especialista, pero si reflexiono sobre la disciplina, creo que hemos confundido mucho lo que antes diferencié entre memoria, Nunca Más y el análisis crítico. Yo creo que el análisis crítico es fundamental para el Nunca Más, es otra forma de hacerlo. Esa es la responsabilidad a mi juicio de los historiadores. La historiografía sobre el caso chileno es voluminosa en el país y en el extranjero. Muy valiosa. Aunque algunas veces, por el valor moral del tema, se tiende a darle un valor historiográfico en sí mismo.

Dicho esto, hay una cuestión que creo que hicimos mal los historiadores, y lo digo en plural. En el caso chileno, porque el fin de la dictadura no fue por una derrota militar externa como en otros casos, tenemos serios problemas con las fuentes. Las Fuerzas Armadas y el gobierno militar, tuvieron un control brutal

respecto a qué archivo quedaba o no. ¿Cómo fue esa limpieza? ¿Qué quedó? ¿Qué no quedó? ¿Cuál es la cronología de lo que dejó de quedar? Es algo que me atormenta, porque creo que podríamos haber sido imaginativos, más que audaces. Mas políticos que vociferantes. Me culpo de aquello, porque yo estuve en la Mesa de Diálogo de Derechos Humanos con las Fuerzas Armadas, con los abogados de detenidos desaparecidos, especialistas en derechos humanos y también historiadores, con el objetivo de buscar el destino de los detenidos desaparecidos. En lo cual, lo mismo que había pasado con el Informe Rettig, las Fuerzas Armadas insistieron que no tenían información. La Mesa si significo un avance importante en materia judicial lo cual implicaba investigación en archivos de juicios particulares. Pero me siento culpable de haber entendido que una de las negociaciones posibles hubiera sido una revisión, aunque hubiera sido privada, por parte de nosotros, de los archivos. Culpable sin dolo, si tú quieres, pero tampoco se le ocurrió a ninguno de mis colegas. Hubo sesiones con historiadores invitados para discutir sobre las interpretaciones del 73. Eso tuvo un sentido porque los militares iniciaron el diálogo con la idea de que había que ‘reescribir la historia de Chile de los 50 años’. Pero debiéramos haber abordado como historiadores el problema de las fuentes, y eso me obsesiona. Recuerdo que en la época se decía que la gran herramienta política que tenía Manuel Contreras respecto a Pinochet era que tenía el archivo en Suiza. En mi cabeza de historiadora, pensaba que al menos había un archivo. Sin embargo, no existía. No sé si es una deuda que podamos reparar, pero no hicimos la tarea. Tengo alguna esperanza, sin embargo, porque los historiadores sabemos que los archivos tienen una racionalidad que es la del archivero en un sentido genérico. Lo primero que hacemos con un archivo es tratar de entender la racionalidad del archivero, que a veces puede ser distinta a la del perpetrador que busca destruir. ¡A veces! De todas maneras, el archivo tampoco es tan racional; hay errores, casualidades. Encontramos documentos increíbles que estaban donde debían. Quizás todavía podemos encontrar, y de hecho se han encontrado, pero no en los archivos de las FFAA hasta donde sé.

¿Qué significa en su historia personal estos 50 años?

Soy parte de una generación enteramente marcada historiográficamente por el golpe de Estado. Yo pensaba que me iba a dedicar a la historia europea y más bien a la historia clásica. Después del golpe, mientras estaba en segundo año, todo cambio. ¿Por qué pasó lo que nos pasó? ¿Porque con la profundidad que nos pasó? No pretendía estudiar el periodo mismo. Es fue pregunta. De esta manera, mi trayectoria ha estado marcada por cómo se construyó la democracia chilena y que tipo de democracia era. Es que nos convoca en este cincuenta-

rio: la relación entre cambio social, política, democracia y violencia. Así que mi vida, trayecto, ha sido al final esta relación de la construcción social del Estado y cómo se forma la política moderna, cómo se forma la democracia, aunque me interesa a un nivel a ras de tierra, por eso sigo escuela por escuela, niño por niño, cura por cura, penitente por penitente, etc. Porque al final busco comprender cual era la cohesión posible en ese sistema, que yo creo que era feble, pero cuyo desenlace no era necesario, no estaba escrito ni era un destino inefable. Lo que falló al final fue la política, el realismo político de qué cambio podían hacerse y cuáles no, de la vieja frase marxista de la acumulación de fuerzas. Me interesa desde el siglo XIX para contribuir a esta construcción de la política en el tiempo largo.

Agrego una cosa biográfica: Era difícil hacer historia en la dictadura. Con una dificultad de acceso y aislamiento enorme. La historiografía en el exilio era distinta. Estando adentro no teníamos ninguna posibilidad beca ni de ganar un concurso. Yo no pertenecía a la política de la clandestinidad, sino más bien a la crítica de opinión, fui columnista de la revista *Hoy* muy joven. Cuando se proclamó el Manifiesto de Historiadores¹ en el momento en que Pinochet estaba en Londres se autoproclamo de alguna manera como el despertar de la historiografía chilena, como si durante la dictadura nada hubiera pasado. Eso, además de no ser veraz, es una gran injusticia, porque un grupo de estudiantes de distintas universidades al amparo de la FLACSO, formamos la Asociación de Historiadores Jóvenes. Estaba el mundo de la oposición ampliamente, desde el pro-DC hasta una izquierda muy comprometida. Lo que ahí se hizo, fue espectacular, primero porque nos reunimos los que estábamos aislados, sin hablar mucho en nuestras universidades, y teníamos intensas discusiones historiográficas. Nos ligamos más a los historiadores extranjeros que generosamente nos mandaron sus libros y también con historiadores en el exilio, específicamente con el grupo de Nueva Historia en Londres. Me encantaría acordarme mejor, no sé si quedaron documentos de eso, pero por lo menos duró unos 6 o 7 años. Recuerdo a María Angélica Illanes, Eduardo Devés, Alfredo Riquelme, Ana Tironi, Cristian Gazmuri, lo presidió Ximena Cruzat. Debo ser muy injusta porque no me acuerdo demasiado. Tomás Moulian fue un personaje bien importante para darnos apoyo logístico en la FLACSO. Teníamos sesiones cada dos semanas con expositores. Recuerdo que Salazar también expuso cuando llegó a Chile. También convidamos historiadores establecidos en las universidades que no eran del régimen. Como Álvaro Jara, Armando de Ramon, Sergio Villalobos. Recuerdo con emoción que fuimos a visitar a Julio Cesar Jover poco antes de su muerte y también diversos científicos sociales. Recuerdo con la misma emoción a Aníbal Pinto. Creo que ahí construimos

1 Grez, Sergio y Salazar, Gabriel (1999) *Manifiesto de historiadores*. Santiago de Chile: LOM

un diálogo muy importante que después en democracia se diluyó porque parte de ese mundo fue contrario a la transición, y otros partidarios. Ahí se generó un cierto quiebre, que es político, aunque no tan claramente partidista. En fin, fue una escuela y trabajamos mucho dentro de la precariedad reinante. Incluso publicamos algunas cosas en unos estenciles miserables. Recuerdo especialmente como nos ayudaron los de Londres, especialmente Luis Ortega.

Entonces la idea de que la historiografía renacía con Pinochet detenido en Londres, no es tal. Fue una oposición muy activa, sin mayor visibilidad si se quiere, pero para muchos de nosotros fue una formación en el diálogo, en el respeto. Aprendimos a considerar al otro, mientras que hoy vivimos en campos de silencio: unos no leen a otros, otros sí, pero nunca citan más que a su tribu. Somos mundos muy separados llenos de prejuicios. Esto de que unos hacen historia de la elite y otros del pueblo es crear espantapájaros y obviar la discusión crítica, en pos de una historiografía profética.

Para terminar, quisiera decir que yo no creo en la historia social, porque toda historia es social, si no es social no es historia. Esta idea de que sólo los historiadores de los movimientos populares hacen historia social empobrece el campo. E.P. Thompson fue muy importante para nuestra generación, se discutió bastante en este grupo de los historiadores jóvenes, respecto a la reformulación de si se puede estudiar estas categorías tan separadas. En mi campo específico, me negué a usar la categoría de religión popular, porque suponía que había una religión de elite, y eso bastante posterior y fue de la mano de la urbanización, que tiene entre nosotros una periodificación distinta que la de la industrialización y escenarios distintos también. De fondo, no comparto auto arrogarse la moralidad del estudio histórico. Personalmente, no hablo en voz de nadie, no me atribuyo, jamás, ser la voz de alguien. Ahí hay un ejercicio que me separa de otras formas de hacer historia. Admiro la modestia de la historia como disciplina y me apego a ella con responsabilidad.